





*Las mil vidas a
medias de
Sam Sylvester*

Maya MacFregor



Las mil vidas a medias de Sam Sylvester

(The Many Half-Lived
Lives of Sam Sylvester)

Maya MacFregor

TRADUCCIÓN DE

LOURDES UREÑA PÉREZ

Kakao  books

Primera edición: Septiembre de 2024
Título original: *The Many Half-Lived
Lives of Sam Sylvester*
Editorial original: Astra Young Readers



Copyright © 2022 by Maya MacGregor
First published by Astra Young Readers, an imprint of Astra Publishing
House
Translation rights arranged by KT Literary and Sandra Bruna Agencia
Literaria, SL
All rights reserved

© de la edición en español:
A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2024
www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com
Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Lauren Franklin
Traducción: Lourdes Ureña Pérez
Correcciones: Diana Gutiérrez
Maquetación: Scarlett de Pablo
Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.
El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.
ISBN: 978-84-128067-3-1
Depósito legal: B 14906-2024
Thema: YFCF
IBIC: YFCF

Para mi familia LGTBI+.
No importa si tenéis la posibilidad de salir del armario o
no, esta es vuestra casa.





Veo la casa por primera vez cuando engulle a mi padre.

Cuento hasta tres (la estrategia de papá a la hora de hacer cosas para las que no me siento preparade) y me obligo a alzar la vista.

El traqueteo a mis espaldas que provenía de una de las cajas empaquetadas a toda prisa ha dejado de sonar. Me había asegurado de no apartar los ojos del móvil, mirando Tumblr, pero no puedo seguir evitándolo. Me quedo aquí sentade, observando las motas de polvo flotar en los rayos oblicuos de la luz vespertina.

La puerta principal tiene hasta el marco pintado de rojo, como una boca. No una ensangrentada, no es nada monstruoso. Las dos ventanas abuhardilladas de la parte superior tampoco tienen nada de agresivas. Parecen casi alicaídas. Da la sensación de que la casa había hecho algún intento, pero se

había rendido al darse cuenta de que lo que fuera que estaba intentando era demasiado difícil.

Me siento un poco identificade con eso. Casa nueva. Ciudad nueva. Escuela nueva.

Otra vez.

Espero que a mí se me dé mejor que a la casa.

—¡Sam! —Papá asoma la cabeza por la puerta para gritar—. ¡Tienes que venir a ver esto!

Está superemocionado. Ya he visto fotos de la casa, claro, pero él insiste en que no le hacen justicia.

Me aparto un mechón teñido de color lavanda de la cara y abro la puerta del coche.

Fuera corre un viento frío y me asombra poder oler el océano. El sabor a sal en el aire y la fuerte brisa invernal me despiertan de golpe. No debería sorprenderme el olor a mar; Astoria está rodeada de mar por todas partes. El jardín de al lado tiene hasta una puñetera palmera. ¡Menudo lujo! Me gusta. No hay nadie por la calle, pero es un miércoles por la tarde, así que supongo que la gente estará trabajando. Justo en ese momento veo a una persona con una mochila cubierta de parches de banderas del Orgullo y de *She-Ra* y *Steven Universe* doblar la esquina de nuestra calle. Me da la sensación de que me está mirando cuando echa la vista atrás y me apresuro a apartar la mirada a pesar de lo mucho que quiero comprobar si lo que creo haber visto es cierto: me ha parecido adivinar los colores rosa, morado y azul de la bandera bisexual. No quiero hacerme ilusiones. A lo mejor me he equivocado, apenas la he visto de refilón. Estoy acostumbrade a ser la única persona LGTBI+ de la zona (al menos, la única fuera del armario) y en Portland aún estaba demasiado aterrorizade como para procesar que la situación había cambiado.

Con un último toque a la pantalla de mi iPhone, me apresuro a subir los escalones que llevan hasta la casa. En el último escalón, cierro los ojos. El suelo al otro lado del umbral es de

madera oscura, puede que de nogal. Incluso desde aquí me llega el olor a pintura seminueva, aún presente, aunque tenue. El vestíbulo contrasta con la luz pálida que entra por las ventanas. La casa está orientada tanto al norte como al sur y me pregunto cómo será al amanecer, si es que el sol sale de verdad alguna vez en este sitio.

Lo veo en el telón de mis párpados, todo teñido de un naranja cálido que convierte las motas de polvo en chispas en lugar de destellos.

—¡Sam! —Papá vuelve a llamarme. Suena a que está en la planta de arriba.

Abro los ojos, cruzo el umbral y dejo que la casa me engulla a mí también.

Mis pasos hacen eco en el interior. Es un sonido extraño, como si estuviera descendiendo a una cueva. No tenemos ni un solo mueble. Se supone que hay un camión de IKEA que llegará mañana o algo así, pero por ahora mis pies resuenan pesados sobre la escalera, tan pesados que el océano y sus olas podrían escucharlos a tres calles de distancia.

Apoyo una mano en el pasamanos mientras subo las escaleras y mi inquietud crece. Es como el viento marino o una ola cuando cambia la marea, me pasa por encima y luego retrocede para regresar a las profundidades.

Papá está al final de la escalera, apoyado en la barandilla. Es un pelín más alto que yo, por encima del metro ochenta. Aún no me he acostumbrado a verlo sin sus rastas enmarcándole el rostro cálido y marrón, que tanto contrasta con mi piel blancucha y mi pelo rubio ceniza. Lo de mi pelo son más unas ondas desordenadas que los gloriosos rizos apretados de papá. Las rastas se las ha cortado para su nuevo trabajo. Le dije que no quería que lo hiciera, pero él me respondió que pesaban mucho y que la presión extra debajo del casco le estaba provocando migrañas (además de que le están saliendo entradas y está un poco acomplexado), y luego me persiguió por todo

el apartamento cuando le rapé la cabeza. La gente del piso de abajo se aseguró de dar golpes en el techo para informarnos de lo mucho que habían disfrutado de eso.

En aquel momento se lo tomó un poco a broma, pero creo que tenía más reparos al respecto de lo que quería dar a entender y hacer el tonto era su manera de esconderlo. Ha llevado rastas desde que yo era pequeño y aunque sé que la decisión fue suya y que tenía sus propios motivos, creo que al cortárselas se quitó de encima el peso de algo más que las rastas.

—¿Has visto la palmera? —pregunto. Creo que es importante que sepa que está ahí. Las palmeras son típicas de las vacaciones y las costas soleadas y esta mudanza no es ninguna de las dos cosas, pero aun así parece un signo esperanzador.

—La he visto. —Sonríe—. No es exactamente un paraíso tropical, pero pensé que te gustaría. Ven a ver tu habitación.

Le sigo, deslizando la mano por la barandilla. Tiene pinta de haber sido lijada y barnizada recientemente, hecha de la misma madera oscura que el suelo. Los dedos se me pegan ligeramente a la superficie pulida. Seguro que, si me acerco, podría ver mi rostro reflejado.

Me ha dejado el dormitorio más grande, insistiendo en que le da demasiada pereza subir las escaleras para acostarse y que su habitación tiene un *en suite*, lo cual solo significa que tiene baño propio. Cuando entro en mi nuevo cuarto, una descarga me recorre de arriba abajo.

Es una habitación enorme. El alféizar que tengo delante se extiende frente a las dos ventanas abuhardilladas, casi como si fuera un banco, y tiene un ancho de unos sesenta centímetros. La parte superior sobresale del borde exterior de las ventanas y luego se curva hacia dentro hasta encontrarse en un pico como la punta de un cono de helado.

Al acercarme a una de las paredes, es tan brillante que casi duele mirarla. Es de color blanco, pero blanco-blanco, no roto ni crema. La apariencia y la sensación es la de algo hecho a

toda prisa. Hay incluso una junta aún visible. Papá se moriría de vergüenza si su cuadrilla hiciese algo así. Golpeo la pared con los nudillos y obtengo un sonido hueco a cambio.

Cuando toco la pintura, doy un paso atrás, igual que hizo aquel niño que vi una vez en el supermercado cuando llamó mamá a una mujer y al darse la vuelta era una desconocida. Un escalofrío me sube por la columna, el eco de una premonición que ni siquiera había formulado aún en mi cabeza con suficiente claridad como para plantearme si era cierta. Alguien ha tapado algo aquí.

No es el sonido del eco en el espacio hueco lo que hace que me sobresalte, sino la sensación. En lugar de madera, mis nudillos han ido a dar con una corriente eléctrica (o el fantasma de una). Resisto el impulso de meter los dedos en la junta, de abrir la pared para tocar lo que sea que aguarda al otro lado.

—¿Qué te parece? —Papá señala a su alrededor con una floritura mientras me giro para mirarlo. Me estaba dando la espalda y por eso no me ha visto moverme—. Desde aquí arriba será como si tuvieras tu propio imperio.

Vuelvo a golpear la pared con los nudillos, esta vez con más fuerza, mientras intento ignorar la manera en que el gesto hace que una descarga me recorra los dedos. Sí, definitivamente está hueco. Quiero entrar dentro. Nunca averiguaré qué me espera detrás si no puedo tocarlo y este muro chapucero se interpone en mi camino. Papá me observa mientras lo rodeo, palpando todas las paredes. A veces doy varios golpecitos prestando atención a las variaciones en el sonido. Encuentro un ritmo. Hueco a la altura de la cadera, cada vez menos conforme me alejo en ambas direcciones y después hueco otra vez. Papá no dice nada. A estas alturas está acostumbrado a mí.

—Aquí puedes ser tú mismo, colega —dice.

Creo que se refiere a lo que estoy haciendo ahora mismo: dar golpecitos en las paredes como el bicho raro que soy. Me

pregunto si es verdad lo que dice. Por un instante glorioso, mi universo se expande como si sus palabras hubieran provocado el Big Bang. Puedo ser yo mismo, yo de verdad, por primera vez. Quizás pueda incluso descubrir qué significa ser yo.

El momento se contrae con la misma velocidad con la que se ha expandido. Aparto la mano y me doy toquecitos con las uñas en la palma de la mano, autorregulándome.

—Creo que hay estanterías detrás de las paredes —digo.

Al oírlo, papá se sobresalta un poco y mira a su alrededor. También está acostumbrado a que no responda cuando se trata de temas emotivos. Se acerca a la pared para golpear con suavidad uno de los paneles y ahí está, el mismo eco hueco que resuena demasiado como para ser solo yeso y vigas. Tal y como yo he dicho.

—Mmm —dice.

No lo cuestiona, pero sí mira la pared con más detenimiento. Suelta un resoplido ante el trabajo chapucero de la junta torcida y murmura:

—Probablemente un intento de bricolaje del dueño anterior. —Después se vuelve hacia mí con una enorme sonrisa—. Un proyecto estupendo para entretenernos. Podemos destaparlas, si quieres.

Parece tan entusiasmado que aceptaría incluso si no me apeteciera. Además, ahora que ha visto esa junta no me sorprendería despertarme y encontrarme con que se ha puesto a arreglarla en mitad de la noche. Se va a volver loco pensando en ello.

Le devuelvo la sonrisa.

—Claro que sí, joder.

—No digas «joder».

—Jopelines.

—Eso es peor. Di joder.

Su móvil empieza a sonar en la planta de abajo, reproduciendo la *Marcha imperial* de Star Wars.

—Oh, oh. Ahora vengo. —Sale pitando de la habitación y baja dando tumbos por la escalera mientras grita—: ¡Sam! ¡No hay ningún vecino abajo que nos pegue voces!

—¡Eso me han dicho! —respondo.

No recuerdo la última vez que lo vi tan feliz.

Paso la mano por la pared, sintiendo la pintura rugosa y ese estremecimiento que aún está fuera de mi alcance. Las yemas de los dedos me vibran como si estuviera tocando una de esas lámparas de plasma que encuentras en las tiendas de artículos de broma. Casi puedo ver cómo el panel de yeso se abomba un poco por los estantes que tiene detrás. Hay algo ahí dentro, algo que tengo que encontrar. Y esta habitación me pertenece.

Ciudad nueva, casa nueva, incluso al parecer un padre nuevo.

Espero que las cosas vayan mejor que la última vez.



Paso el rato mientras espero a que papá vuelva tumbade boca arriba en el centro de mi nuevo cuarto, contemplando el techo y tratando de no rascarme los tatuajes aún recientes del brazo. Lo de tatuarme forma parte de un pacto que hicimos para cuando cumpliera los dieciocho. Papá dijo que podía hacerlo si aprobaba Precálculo, pero tengo la sensación de que también fue su manera de permitirme ejercer control sobre mi propio cuerpo después de lo que pasó en Montana. Creo que ni siquiera él sabe lo que significan todos los diseños que elegí, a pesar de que vino conmigo a todos los sitios a los que fui a preguntar y me oyó hablar con la persona que iba a tatuarme. Ni siquiera yo estoy segura de conocer su significado por completo.

La parte superior desde el hombro hasta el codo son acuarelas, la aurora boreal. Entre los colores hay dibujos en negro. Un pájaro mudando unas plumas que se deshacen en manchas

de tinta. Una constelación. Un árbol que se transforma en raíces que a su vez se transforman en un abanico de espadas en el pliegue del codo. De ahí hasta la muñeca hay más acuarelas, pero esta vez son verdaderamente acuáticas, con los colores del agua. Un cuervo nada sobre mi muñeca con las alas desplegadas. Son imágenes que me resultan familiares, incluso si se disuelven como la aurora en el cielo cuando trato de atraparlas. Intentar comprender cosas extrañas es un tema continuo en mi vida.

Como esta habitación.

Hay algo en ella que me perturba. No como si estuviera en la casa de Amityville, sino de una manera... diferente.

Tumbade aquí a solas, por un momento me siento como suspendido en la nada. Siento como si este lugar quisiera algo de mí. Es probable que solo sea mi «imaginación desbordada» o lo que sea que el colegio lo llamara antes de que papá consiguiera que me dieran el diagnóstico de autismo. O mis historias, que mi psicóloga de Missoula dijo que eran un interés especial relacionado con el autismo. Ya sabes, como cuando en la tele sale un niño autista que se sabe todos y cada uno de los Pokémon. Obviamente no siempre son cosas así. No somos todos iguales. Lo mío es encontrar historias de adolescentes que murieron demasiado jóvenes. Parte de mi tatuaje es por eso. Es algo que papá no puede saber nunca. Ni siquiera quería contárselo a la psicóloga, pero tenía que explicar que mis historias empezaron antes de la agresión, no después, ya que ella asumió (como es lógico) que me había obsesionado con adolescentes que murieron porque yo había estado a punto de morir. Pero no es así.

Trago saliva y noto un pinchazo en la cicatriz del cuello.

Papá regresa tan silenciosamente que no lo oigo hasta que roza el marco de la puerta con el pie. Se detiene en el umbral y lo miro a los ojos sin levantar la cabeza del suelo. Al cabo de un segundo, se acerca, se tumba conmigo y apoya la parte superior de la cabeza contra la mía.

—Malas noticias.

—¿La empresa de los muebles?

—Sí.

—¿Nos traen una estampida de cachorritos cagones?

—No. ¿Cómo van a ser eso malas noticias? —Alza las manos como si lo que acabo de decir fuera algo indignante—. ¡Que te pase por encima una estampida de cachorros es el sueño de cualquiera!

—Los cachorros se mean y se cagan por todas partes, y no son las mierdas sonrientes de los *emojis*. Pero son adorables. Y supongo que limpiar el parqué es más fácil que una moqueta.

—Sam, intenta practicar lo de no decir palabrotas antes de la reunión mañana con la directora.

—Vale, vale. —El suelo contra mi espalda es cómodo y está fresquito. Lo exploro con las palmas de las manos mientras busco las juntas de la tarima con los dedos—. Entonces, ¿cuál es la mala noticia?

—Un retraso por culpa de las fiestas. Van a llegar unos días tarde.

—Quieres decir que tenemos tiempo de sobra para tirar un par de muros antes de que lleguen.

Siento su risa muda cuando su cabeza vibra contra la mía.

—Sí, eso es lo que quería decir. —Guarda silencio durante un momento—. ¿Seguro que llevas bien eso de cambiar de escuela otra vez?

Dice «otra vez» porque es la segunda este año. No es algo que hagamos mucho, esto de mudarnos.

Ahora soy yo quien guarda silencio el tiempo suficiente como para que papá insista:

—¿Sam?

—Sí, estoy bien. —Quiero decir «tanto como puedo estar», pero no tengo que decirlo en voz alta para que él lo entienda.

—La directora parece tener una actitud muy positiva —asegura—. Y Oregón no es Montana.

—Lo sé.

Y de verdad que lo sé, pero la gente joven y adolescente es igual en todas partes, sobre todo hoy en día, cuando hay ideas horribles de todo tipo siempre al acecho para pisotear cualquier progreso a favor de una escurridiza igualdad.

Es entonces cuando lo siento, esa opresión en la garganta que aparece al mencionar Montana. Algo más que un pinchazo en la cicatriz. Los músculos se contraen alrededor de mi ojo y no me esfuerzo por evitar la gesticulación de mi rostro. Aquí solo estamos papá y yo. Cierro los puños, apretando en ráfagas las uñas contra las palmas de las manos.

Papá se levanta con esfuerzo a mis espaldas y yo lo miro bocabajo.

—Venga —dice—. Vamos a sacar las cosas del coche. Y luego vamos a colocar las colchonetas y los sacos de dormir y salimos a dar un paseo para ver... —Hace una pausa, mirándome de manera melodramática—. El océano.

No puedo evitar dar un respingo. Se le da bien esto: orientarme, crear expectativas. Sobre todo, porque mañana va a ser un día estresante y ni siquiera él puede predecir el resultado.

Papá repara en el movimiento y sonrío aún más. Ha aprendido a sintonizar mi frecuencia.

Me mantiene ocupado durante el resto del día hasta que se hace de noche y exploramos Astoria desde las playas de arena y el agua gris (me encanta el sonido hipnótico de las olas, olas de verdad, no solo mi máquina de ruido blanco) hasta el pequeño centro histórico lleno de tiendas para turistas en las que, a pesar de haber luces de Navidad por todas partes, el ambiente es tranquilo y aletargado al ser temporada baja.

Cuando por fin me tumbo sobre la colchoneta de gomaespuma en el eco de mi dormitorio, estoy lo bastante exhausto como para quedarme dormido de inmediato por una vez.

No sé cómo es el proceso de conciliar el sueño para el resto del mundo, pero para mí es como entrar en un túnel de una

niebla blanca y plateada que oculta la aurora. Esa es la única parte de mi tatuaje que entiendo de verdad. Las luces de colores resplandecen en el túnel y estoy aquí. Estoy presente. Sé lo que hay al otro lado de la niebla, aunque no alcance a tocarlo. Puedo saborearlo.

Algunas noches, la mayoría, eso es todo.

Hoy no.

Estoy de vuelta en Airdrie, escuchando a mi antiguo director decirle a papá que no tienen pruebas suficientes para expulsarles, igual que la policía dijo que no tenían pruebas suficientes para presentar cargos.

—Lo siento —dice—. No podemos simplemente aceptar la palabra de Sam solo porque ella diga que reconoció a los chicos Barry y a Sherilee Tanner. Necesitamos pruebas.

Papá está muy quieto, tanto que puedo sentir su ira. Yo no puedo hablar porque tengo la garganta hinchada. Quiero abrir la boca y gritar hasta que se me desencaje la mandíbula y poder tragarme al director de un bocado. La forma en la que dice «los chicos Barry» como si él no fuera su tío me da ganas de vomitar.

—Esto ha sido un delito de odio —dice mi padre con suavidad—. Y usted se dirigirá a mi hijo con el pronombre correcto.

Papá es el único hombre negro en un pueblo más blanco que la leche y todo lo que hace es suave y pausado porque para la gente que nos rodea su mera existencia es un escándalo, a pesar de que los blancos de por aquí aseguran que no son racistas. ¿Cómo van a ser racistas si ni siquiera nos han echado del pueblo por ser una familia interracial? Además (y esto se lo he oído decir a la gente), tampoco pueden ser racistas si todo el mundo es blanco, ¿no? Nos quedamos porque a papá le encantaban las montañas y su trabajo; nuestras cuatro hectáreas a los pies de las montañas Sapphire eran su santuario. Hasta que dejaron de ser el mío.

Pero mi padre... Sus palabras tienen la intensidad de una supernova y le adoro por ello. El director mueve la boca, pero no oigo nada de lo que dice.

Vuelvo a tener siete años y es la primera vez que veo a papá. Entra en la casa de acogida con el equipo de servicios sociales y en cuanto lo veo, lo sé. Él me mira y algo se enciende en mi interior, algo feroz y brillante y todo al mismo tiempo. Sé que no ve tan solo a una niña blanca y harapiente con el pelo lleno de greñas sucias que la gente cree que es incapaz de hablar.

Él me mira con mi camiseta de Led Zeppelin y el pelo tapándome la cara y me rescata. En ese momento, sus hombros se relajan, su rostro se suaviza. Me saca de aquel sitio y la primera palabra que le dedico en mi octavo cumpleaños es «gracias».

Tengo dieciséis años y no soy Sam Sylvester. Busco mi nombre, pero no soy capaz de encontrarlo, a pesar de que creo que debería saberlo. Siento que está cerca; su presencia es constante como el olor del mar en la brisa e igual de imposible de aferrar. Hay libros por todas partes y la voz de David Bowie me rodea, acompañada de risas que rebotan como un relámpago entre yo y otra persona a quien no llego a ver. El sol brilla a sus espaldas, la silueta de unos rizos es la única parte visible a contraluz. Una luz dorada entra a través de las dos ventanas abuhardilladas y la habitación está llena de carcajadas difusas que desaparecen nada más empezar. Trago saliva y me da un ataque de tos. Y entonces la risa se transforma en un jadeo, el mío. La garganta me pica y se cierra y caigo de rodillas, incapaz de respirar. No puedo respirar.

La luz se desvanece ante mis ojos entre *flashes* de rojo y morado.



—¡Sam! ¡Respira!

Consigo dar una bocanada tan grande como para absorber todo el aire de la habitación.

Papá me está sujetando, manteniendo mis brazos cruzados sobre el pecho en un abrazo apretado. Noto un dolor que me palpita en la nuca. Inspiro fuerte otra vez y después otra más.

—No pasa nada, Sammy. Todo va bien.

La luz del pasillo está encendida y una franja dorada penetra en mi habitación. Me sacudo durante un instante; mi cerebro tarda en procesar sus palabras.

—Inspira —dice papá y yo obedezco—. Espira.

Vuelvo a obedecer. Él respira conmigo. Es un ritual que hemos repetido cientos de veces. Por eso nunca entenderé cómo hay gente que cree que la familia es algo tan común como la sangre. Para mí, familia significa aliento; es confiar en que la persona que tienes al lado va a luchar por tu derecho a respirar en un mundo que intenta impedirte. Es la vulnerabilidad de sentir el pecho de alguien moviéndose con un ritmo calculado para devolverte el tuyo. Tanto papá como yo conocemos ese miedo por motivos diferentes. Su madre murió de cáncer de pulmón cuando era pequeño.

Poco a poco, empieza a soltarme y me deja en el suelo. Me he salido por completo de la colchoneta y al principio creo que el dolor en mi nuca se debe a un golpe contra el suelo, pero entonces papá tuerce el gesto y se frota el pómulo.

—Mierda, papá, te he dado.

Preocupado, consigo incorporarme hasta sentarme. El corazón aún me traquetea en el pecho. Pruebo a respirar despacio una vez más.

—No pasa nada, Sammy. He pasado por cosas peores. — Mete la lengua por el agujero donde solía haber un colmillo (lo perdió antes de que yo naciera y ahora lleva uno falso durante el día)—. Sobreviviré.

Trago saliva en un intento por evitar que se me salga el corazón por la boca. Esta vez ha sido peor que las anteriores y lo sabe.

—¿Qué hora es? —pregunto. Fuera aún está oscuro, pero eso no significa nada en diciembre.

—Ni idea. —Papá se echa hacia atrás y se apoya en las manos mientras yo lo miro en el móvil.

—Las siete menos cinco —digo.

—¿Quieres hablar del tema?

—¿Sobre la hora?

Esta vez estoy siendo literal a propósito, pero papá no sonrío.

—Sam.

No respondo.

—Vale —dice, y sé que lo dice de verdad. Hay gente que usa esa expresión antes de cambiar de estrategia, pero él no—. ¿Quieres que vayamos a ver si encontramos un sitio decente para desayunar?

Asiento. El sudor me hace cosquillas al deslizarse entre mis omóplatos. Lo ayudo a levantarse del suelo y él finge tener la espalda machacada.

—*Emoji* de la calavera —digo con la voz cargada de sarcasmo—. Voy a darme una ducha. Tenemos la cita a las nueve, ¿no? ¿Nos dará tiempo?

—A las nueve y media, y eso espero. Date prisa. Te espero abajo en media hora.

Yo también tengo que bajar para ir a por mis cosas de aseo y una muda de ropa. Una vez en la ducha, me lavo rápido, fro-tándome la cara y la garganta como si así pudiera deshacerme de las dos pesadillas. En una era yo, Sam. La viví el año pasado.

Colecciono historias de personas que murieron antes de cumplir los diecinueve (cuando era más joven me parecía la edad de paso entre la infancia y la vida adulta). Por una enfermedad, un asesinato o porque sus propios cerebros les dijeron que tenían que morir. Creo que alguien debería guardarles en su memoria.

El sueño... Tenía que ser el chico de Astoria, el de los años ochenta. Un chaval llamado Billy Clement, aunque durante el sueño he sido incapaz de recordar su nombre. Intento no pensar en él. Es demasiado extraño.

Mi interés especial empezó antes de la agresión. *Ella* solía decirme que era macabro, pero yo simplemente pensaba que alguien debía conocer las historias de quienes nunca llegaron a crecer. Pensaba que se merecían que alguien les viera como papá me veía a mí.

Me visto de manera metódica. Calzoncillos negros hechos de modal extrasuave, un top de compresión que papá encargó que me hicieran a medida, vaqueros rotos, una camiseta sedosa sin mangas, un jersey de cuello tortuga con el borde asimétrico y deshilachado. Lápiz de ojos negro y un poco de plateado alrededor de los ojos. Papá insistió en llevarme de compras cuando nos fuimos de Montana (me sorprende que no decidiera prenderles fuego a todas mis cosas). Yo solía comprar en tiendas de segunda mano, pero es que Portland estaba a rebosar de esas. Creo que a papá le sorprendió un poco el estilo que elegí, pero el rollo duro hace que me sienta *secure*. Antes solía vestirme con vaqueros y camisetas viejas de grupos de música, pero ahora cada prenda de ropa que cubre mi cuerpo es una decisión consciente. Una armadura que me pongo cada día.

Cuando voy de compras me guío antes por la textura que por la vista, pero se me da bien encontrar justo lo que estoy buscando. El jersey es suave, la tela de los vaqueros está bien domada y el top me comprime de forma intencionada: todo por y para mí. Nadie más. Me pongo un poco de gomina en el pelo y lo revuelvo hasta que las ondas me quedan como las quiero, con los mechones lavanda, verde claro y plateado entrelazados. El pelo me cae sobre la oreja derecha y deja a la vista el rapado del lado izquierdo. Me paso las yemas de los dedos por el pelo corto, disfrutando de la sensación. Papá

va a tener que raparme otra vez los laterales y probablemente retocar también el tinte antes de que empiecen las clases en enero. Trabaja como jefe de obra para ganarse la vida, pero a veces pienso que su verdadera vocación debería haber sido peluquero.

Papá encuentra una cafetería y yo me pido un gofre belga enorme cubierto de fresas que probablemente contienen más azúcar que fruta. Él se pide unos panecillos con salsa *gravy* y croquetas de patata como acompañamiento.

—¿Quieres más carbohidratos para acompañar a los carbohidratos? —pregunto por encima de la música rock de los cincuenta que sale de los altavoces.

—Mira quién habla. —Levanta su taza de café y yo hago lo mismo con mi zumo de naranja—. Por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos —repito, chocando mi vaso contra su taza.

Cuando voy por la mitad del gofre siento un tirón en la parte baja del abdomen y me acuerdo de lo que va a pasar hoy. Recuerdo las palabras de la psicóloga diciéndome que preste atención a las sensaciones de mi cuerpo y me permito sentirlo durante un momento, pero solo me siento un poco idiota. ¿Esto es ansiedad o qué? Si papá repara en que estoy mareando una fresa con el tenedor, no dice nada al respecto. Al final me termino el desayuno, empapando el último trozo de gofre en nata montada y líquida.

No quiero hacer esto de nuevo, todo el tema de «presentarme a la directora».

Esta vez papá se da cuenta de lo que pasa.

—Si la cosa no funciona aquí, encontraremos otra solución el año que viene.

Levanto la vista de golpe del plato manchado.

—¿Qué?

—Si un centro público es demasiado, buscaremos otra cosa. Puedes estudiar en casa o algo. Es probable que puedas

sacarte el examen de ciclo si lo necesitas, pero preferiría que intentáramos conseguirte el diploma de secundaria. A la larga eso te abrirá más puertas.

Joder.

—Papá —lo interrumpo. ¿Cómo es eso que dice siempre?—. No vendamos la piel del oso hasta que las ranas...

—No termines esa frase. —Su sonrisa es menos brillante de lo habitual, pero evita que diga «caguen pelo» en voz alta—. Solo quería que supieras que lo tengo presente.